

Hacia una geohistoria ambiental de Venezuela

Pedro Cunill Grau (*)

Uno de los más altos honores recibidos en mi vida académica ha sido la designación por la Academia Nacional de la Historia para dictar la Conferencia Anual José Gil Fortoul, creada el 5 de abril de 1979 con el fin de conmemorar la fundación de esta Ilustre Corporación el 28 de octubre de 1888. Antes que nada deseo expresar mi gratitud a los Individuos de Número de esta prestigiosa institución, a quienes debo mi presencia en este solemne acto. Valoro muy hondamente esta distinción a quienes han confiado, en un gesto de excepcional benevolencia, en mis modestas condiciones en la docencia, investigación y extensión de los temas geohistóricos latinoamericanos.

La trascendencia de tratamiento geohistórico ambiental integral.

En esta conferencia deseo presentar, como tema de discusión y objeto promocional de futuros hallazgos en temas no convencionales en el Departamento de Investigaciones de esta Corporación, el acercamiento preliminar hacia una geohistoria ambiental global de Venezuela, con visión multi, inter y transdisciplinaria, en el tratamiento de sus problemas. En general los estudios ecológicos llevados a cabo hasta el presente en Venezuela han considerado el ambiente poniendo el énfasis principalmente en los procesos actuales, sin tomar en cuenta la evolución temporal y espacial de los mismos. No abundan las investigaciones sobre las incidencias del legado geohistórico ambiental en el país y en sus regiones, aunque son copiosos los documentos históricos que posibilitarían estas tareas.

(*) Catedrático. Escuela de Geografía de la Universidad Central de Venezuela. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Chile. Socio Correspondiente de esta Academia Nacional de la Historia.

Las variables geohistóricas han tenido enormes incidencias en los procesos de cambio y degradación ambiental en Venezuela. Es limitativo, incluso simplista, analizar el deterioro ecológico sólo en instantáneos panoramas contemporáneos, trivializándolo como una simple consecuencia del cambio geofísico planetario y de los embates de desbordadas presiones socioeconómicas del presente, sin ninguna perspectiva de evolución y/o involución histórica en su proyección territorial. Ello ha conducido a reiterativos tópicos, donde la complejidad de los procesos se encubre con expresiones triviales o lugares comunes.

En esta ocasión acometeré el planteamiento de algunos temas básicos que se suceden desde el tardío siglo XV al temprano siglo XX, donde se fueron interpolando escenarios temporales de acciones históricas con escenarios geográficos y ambientales, donde las inmensidades espaciales del territorio que hoy corresponde a Venezuela se despliegan en su extraordinaria variedad ambiental. Los inmensos ámbitos del mar Caribe y del océano Atlántico; las barreras de rípidas cordilleras de Perijá, Sierra Nevada de Mérida y de las múltiples serranías guayanesas; los extremados desiertos de la Guajira, litoral occidental coriano y península de Araya; los impenetrables bosques, selvas, manglares, junto a dilatadas sabanas en los inconmensurables Llanos, fueron dando una gran especificidad a la geohistoria ambiental del múltiple poblamiento regional venezolano. A la vez, en una suerte de hilo de Ariadna, las arterias fluviales del sistema del Orinoco daban unicidad global a gran parte de estos espacios, lo mismo que milenarias sendas que avanzaban desde los espacios más recónditos de la Venezuela profunda hasta el litoral. Ello explicaría entre otros tantos hallazgos de ambientes lejanos, la recogida por Alonso de Ojeda en 1499 de piedras preciosas verdes en las comarcas de Coquibacoa en el Golfo de Venezuela. Este hecho es presentado con toda objetividad por Alejandro de Humboldt: “Como sé por propia experiencia la gran distancia a que los indios del Orinoco y del Amazonas hacen pasar los productos que estiman de mucho precio, no me atrevo a resolver si estas piedras verdes eran esmeraldas de Muzo (de la meseta de Nueva Granada) o las sassuritas (piedras del Amazonas), que Diego de Ordaz llama “esmeraldas gruesas como el puño“...”¹

1 **Real Cédula de 28 de julio de 1500, Granada:** “Que vos el dicho Alonso de Hojeda, por servicio de Sus Altezas, entréis en la isla e en las otras que allí están cerca della, que se dice Quiquebacoa, en la parte de la tierra firme donde están las piedras verdes, de las cuales trujistes muestra, e traigais dellas las más que pudiéredes...”, En Martín Fernández de Navarrete, *Viajes por la costa de Paria*, Madrid, Calpe, 1923, p. 98. Alejandro de Humboldt en *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*, Monte Avila Editores, Caracas, 1992, p. 335 nota 203.

No ha sido una interpolación mecánica, pasiva, sino una interposición activa, en la cual se han desencadenado factores multivariantes entre los escenarios históricos, geográficos y ambientales, incidiendo entre sí de maneras diversas, realizándose tanto avances como contracciones en el poblamiento humano, aprovechamiento de los recursos naturales, de la biodiversidad autóctona de flora y fauna y transformaciones paisajísticas. Son sumamente escasos, como en el resto de Latinoamérica, espacios geohistóricos venezolanos estabilizados a largo término, en armonioso y sostenido equilibrio entre sociedad y ambiente.

En cambio, ha dominado una dinámica a diversos y cambiantes ritmos y/o complejas fluctuaciones, que ha conducido tanto a la evolución del avance paisajístico cultural y ambiental, como a fases regresivas en el desenvolvimiento del mismo, lo que fue vislumbrado tempranamente en párrafos esclarecedores en las obras de Humboldt y Codazzi,² y desarrolladas someramente en tratadistas como Aldo Sestini en 1947, en el caso de la regresión paisajística de las misiones jesuíticas en los pueblos del bajo Orinoco en Venezuela Oriental,³ explayada magistralmente por Pablo Vila y colaboradores en la monumental "Geografía de Venezuela",⁴ y relatada minuciosamente por Marco Aurelio Vila en su análisis de las misiones capuchinas catalanas en Guayana.⁵

Expondré a continuación, en base a casos escogidos en diversos paisajes venezolanos, algunos temas básicos para comenzar a aprehender la compleja situación de las relaciones integradoras entre geohistoria y ambiente.

-
- 2 Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente* (T) Lisandro Alvarado. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, Venezuela, 1956, tomo II, p. 247, referencia a Caracas; tomo V, p. 82, mención a desolación paisajística por la guerra. Agustín Codazzi, *Resumen de la Geografía de Venezuela*. Edición de la Biblioteca Venezolana de Cultura, Caracas, Venezuela, 1960, p. 514, referencia a decadencia y recuperación de Barinas.
 - 3 Aldo Sestini, *Regressive Phases in the Development of the Cultural Landscape*, en Phillip L. Wagner y Marvin W. Mikesell (ed. Y com.) *Readings in Cultural Geography*. The University of Chicago Press, Chicago, 1965, p. 484. Este ensayo fue editado originalmente bajo el título de "Le fasi regressive nello sviluppo del paesaggio antropogeografico", *Revista Geográfica Italiana*, LIV, 1947.
 - 4 Pablo Vila, F. Brito Figueroa, A. L. Cárdenas, Rubén Carpio, *Geografía de Venezuela. Tomo II. El paisaje natural y el paisaje humanizado*. Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1965.
 - 5 Marc-Aureli Vila, *Els caputxins catalans a Venezuela*. Edicions Ariel. Barcelona. 1969.

La relatividad perceptiva del valor geohistórico ambiental.

Es discutible el intento de algunos historiadores en presentar un inmutable marco geográfico a través de estos cinco siglos de historia venezolana, puesto que es un contexto sumamente variable en función de la cambiante percepción social. Las realidades de la geografía física, de la biodiversidad autóctona e introducida de flora y fauna y de sus recursos naturales, se ha proyectado en la relatividad perceptiva de las aparentes bondades y obstáculos de estos contrastados paisajes y ambientes por los modos de vida de indígenas, europeos, africanos y criollos, y de sus respectivos conceptos de ambientes gratos; de utilidad de ciertos ambientes al producir recursos naturales, codiciados por su interés estético como adminículos suntuarios de prestigio, artículos ornamentales u ofrendas ceremoniales. Es necesario que los investigadores comprendan la cambiante geografía mental y la ecología simbólica de la población en el específico momento histórico.

Ello se evidencia desde los primeros contactos en el hallazgo de esta Tierra de Gracia, en agosto de 1498, cuando el navegante José Farfán, miembro de la expedición colombina, cambió fragmentos de cerámica andaluza por valiosos productos de los ambientes parianos: "este testigo vió como los indios que en ella estaban se maravillaban de ver los cristianos como gente que nunca tal cosa avian visto e por señas preguntaban si venian del cielo e de ver un cabo de agujeta e otras cosas semejantes se maravillaban e davan por ello lo que les pedían e queste testigo quebró un plato de Málaga e le davan por cada pedacito papagayos e perlas e otras cosas".⁶

En la geohistoria ambiental hay que tener en cuenta la relatividad perceptiva del concepto de utilidad y de valor de ciertos recursos naturales, lo que explica el desenvolvimiento temporal de numerosos paisajes productivos. Por ejemplo, en el período del Encuentro lo que era valioso como recurso ceremonial y de lujo suntuario para ciertas sociedades indígenas, fue totalmente desdeñado por los conquistadores hispánicos y sus descendientes criollos, desencadenándose vertiginosas decadencias y degradaciones ambientales en comarcas productivas de piedras coloreadas de óxidos de cobre, conchas de guarura (*Strombus gigas*), diversas plumas y de otros materiales que ya no eran gratos para los nuevos dioses. Son reveladores los cambios de la religión del paisaje, donde ambientes naturales y elementos del relieve son transmutados en divinidades ancestrales o en adoratorios de especial significación, que obvia-

6 Pleitos colombinos. Tomo III, *Probanzas del Almirante de las Indias (1512-1515)*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1984. Declaración de José Farfán, vecino de la villa de Higuey, pp. 72-73.

mente son descartados por los conquistadores católicos. Es el caso, entre otros muchos, que se observó en la cueva del Indio emplazada en un sitio privilegiado en el golfete de Cuare. En numerosas ocasiones sólo se experimenta un reciclamiento sincrético, lo que se evidenció tanto en los ambientes yaracuyanos de María Lionza, como en el aprovechamiento del sitio de santuarios ancestrales andinos para emplazar capillas e iglesias católicas.

Otros recursos naturales conocidos por las etnias aborígenes continuaron siendo percibidos positivamente por los pobladores españoles y europeos, manteniéndose una situación de continuidad en el aprovechamiento de múltiples ambientes desde la prehistoria hasta el temprano siglo XX. Fue el caso de los paisajes de las perlas hasta sus ciclos de extinción; de las salinas litorales de Araya, la Guajira, Occidente y Oriente del país, terminándose en cambio la extracción de sal terrestre y su confección en panelas; de los huevos y la carne de la tortuga arrau; de los lugares de extracción de bálsamo, aceites esenciales, copaiba, sangre de drago, zarzaparrilla.

Los cambiantes conceptos de la hospitalidad paisajística ambiental.

La mutabilidad perceptiva de los valores geohistóricos ambientales americanos ha sido una constante, variando perspectivas y percepciones humanas acerca de la hospitalidad de los paisajes silvestres y de sus recursos naturales. Ello se representa en especial en el ambiente, puesto que sus valores ecológicos han sido sumamente relativos y cambiantes, incluso en pequeñas fracciones del espacio, como fue expuesto en 1966 con maestría singular por el gran geógrafo estadounidense, fundador de la escuela geohistórica de Berkeley, Carl Ortwin Sauer en su fundamental **Descubrimiento y dominación española del Caribe**,⁷ siendo de hondo contenido su interpretación acerca del uso en microespacios insulares de la biodiversidad antillana por los conquistadores europeos. Ello ha sido aún más profundizado en 1987 por el geógrafo histórico David Watts al exponer la rapidez de las transformaciones de los microespacios insulares de las Indias Occidentales desde 1492 al presente, donde examina las causas y consecuencias que ocasionaron diversas formas de poblamiento voluntario y forzado en los cambios ecológicos culturales y ambientales.⁸ A

7 Carl Ortwin Sauer, **The Early Spanish Main**. University of California Press, Berkeley and Los Angeles. 1966. Versión en castellano, **Descubrimiento y dominación española del Caribe** (T) Stella Mastrangelo. Fondo de Cultura Económica. México, 1984.

8 Davis Watts, **Las Indias Occidentales. Modalidades de desarrollo, cultura y cambio medioambiental desde 1492**. Alianza Editorial, Madrid, 1992. La publicación en inglés fue en 1987 por la Cambridge University Press.

este respecto, siempre tengo presente en mis investigaciones la honda enseñanza de mi maestro Pierre Gourou en su cátedra del Collège de France acerca de la relatividad del concepto de paisaje hospitalario, tierras de prosperidad y ambiente propicio y de paisaje maldito, tierras de agobio y ambiente de peligro, cambiando en referencia a los puntos de vista de los propietarios portugueses blancos de plantaciones e ingenios azucareros y de los esclavos africanos negros en la isla desértica de Fogo, en el Archipiélago de Cabo Verde.

En los macro espacios de Venezuela también han sido sumamente cambiantes los conceptos étnico-sociales acerca de la buena acogida y recibimiento de ciertos paisajes a los visitantes. No siempre coinciden las visiones de los lugareños y de los foráneos. A modo de ejemplo recordemos las variadas percepciones de aborígenes e hispanos en referencia al valor de algunos paisajes de Tierra Firme e islas inmediatas como soporte para establecimientos humanos. Ambientes que aparecían como inhóspitos para establecimientos permanentes de las etnias aborígenes y que sólo les eran zonas de incursiones temporales, fueron revalorizados por los españoles al convertirlos en zonas de extracción masiva y permanente de perlas y obligar a su poblamiento forzado, como se constató en Cubagua y sitios semidesérticos de la península de Araya y Guajira, o de extracción aurífera en Apa y Carapa en los Valles del Tuy.

En contrapartida, numerosas etnias aborígenes debieron cambiar su percepción ante muchos ambientes paisajísticos que eran visualizados positivamente antes de la conquista española como tierras hospitalarias, que les aseguraban un adecuado modo de vida. Con posterioridad, en el temprano siglo XVI, al convertirse en lugares de extracción de esclavos y recursos de biodiversidad para los foráneos, debieron ser percibidos como paisajes de peligro, de los cuales había que huir hacia paisajes y ambientes de refugio en el transpaís. Ello ha sido expuesto acertadamente por el académico antropólogo Mario Sanoja, quien con sutileza capta la revalorización de sitios inhóspitos para los europeos como enclaves de seguridad para los indígenas, ambientes frágiles y pobres pero que posibilitaron su libertad hasta el presente siglo.⁹ Este proceso se observó en tierras altas de las diversas Serranías de Perijá, Sur del Lago de Maracaibo, paisajes selváticos guayaneses, deltaicos, orinoquenses y amazónicos.

En estos cinco siglos de geohistoria ambiental son importantes los cambiantes conceptos acerca de la benignidad y productividad paisajística. La errada visión hispánica de "islas inútiles" de las Antillas Menores, varias en la zona

9 Mario Sanoja, *De la recolección a la agricultura*. Tomo III de la *Historia General de América*, bajo la dirección de Guillermo Morón. Caracas. 1982, p. 204.

de influencia del territorio que correspondería a Venezuela, posibilitó el fácil acceso de otros enclaves coloniales en la ocupación de Curazao, Bonaire, Aruba, Granada, Tobago e incluso Trinidad. Asimismo, el desdén de un poblamiento permanente en paisajes de excesiva humedad y pluviosidad, acompañado con altas temperaturas e impenetrables estratos vegetacionales, impidió una acción de poblamiento eficaz en la Venezuela profunda y ulterior usurpación de extensos paisajes en la Orinoquia Occidental, Amazonia y Guayana Esequiba.

Es sorprendente la relatividad de la valorización ambiental, tema que merece ser abordado por futuros investigadores para precisar la clave de la bonificación de amplias superficies del país. A este respecto hay que tomar la debida prudencia en la interpretación toponímica. Desconcierta que el lugar señalado como Golfo del Infierno en el mapa de Johannes Ruysch impreso en 1508, y en la edición de Estrasburgo de 1513 de la Geografía de Ptolomeo, publicada por Martín Waldsemüller, corresponde hoy a sitios privilegiados del Golfo de Venezuela.¹⁰ En contrapartida, una errada interpretación del valor de los manglares posibilitó que hayan perdurado hasta el presente reservas de más de 700.000 hectáreas de formaciones de mangle rojo y negro. Asimismo, el desdén de pobladores criollos de humedales por sus condiciones ambientales de insalubridad permitió que se mantuviera su legado ecológico virtualmente virgen hasta el temprano siglo XX, en especial en albuferas y lagunas interiores.

La rapidez de las mutaciones geohistóricas ambientales venezolanas.

La modificación de los escenarios geohistóricos ambientales americanos ha sido sumamente rápida, dinámicamente extremada, tanto en sus evoluciones culturales positivas como en sus regresiones negativas, con ritmos veloces en comparación a los registrados en otros grandes conjuntos culturales planetarios. Más aún, los cambios de algunos procesos ambientales, de ciertos fenómenos de la naturaleza, son más acelerados que los cambios de la historia política y administrativa.

Ello nos lleva a cuestionar postulados clásicos de la escuela posibilista, en especial de la plena vigencia del período de larga duración en los fenómenos ecológicos en algunos momentos de la historia americana. Ello ha sido enunciado sintéticamente por el historiador español Juan Martínez Alier: "Para esos geógrafos, o historiadores formados en la escuela geográfica posibilista, el medio

10 Hermann González Oropeza, S.J., *Atlas de la Historia Cartográfica de Venezuela*. Edición de Enzo Papi, 1987, p. 83.

ambiente cambia más despacio que la economía o que la política y es visto como un conjunto de fenómenos de *longue durée*. No obstante, precisamente en la época de Felipe II y unos años antes, en una parte de su imperio hubo enormes cambios ecológicos, un terrible colapso demográfico humano y la irrupción de nuevas especies. En América, la ecología cambió tan o más rápidamente que la economía y la política".¹¹

Este veloz proceso en el cambio ambiental se sucedió en el territorio que hoy corresponde a Venezuela desde el Encuentro de la Tierra de Gracia, con el rápido deterioro y ulterior olvido de los paradisíacos ambientes parianos. Después del descubrimiento colombino y ulteriores viajes andaluces se produjo en sólo tres años un quiebre fundamental de sus comunidades aborígenes. A los airocos aborígenes parianos sólo les quedó experimentar, a partir de 1499, la fatalidad de la ruptura de su cosmos, cayendo en manos de expoliadores de granjerías y de rescatadores esclavistas. Quizá allí está la clave de la efímera fama pariana, como fue señalada por Alejandro de Humboldt: "Ha sucedido con Veragua como con Darién, Uraba, Cubagua y la costa de Paria, cuyos nombres conoció toda la Europa civilizada hasta mediados del siglo XVI. Las primeras tierras que se descubrieron están hoy olvidadas y casi desiertas".¹² Desaparecieron los recursos ambientales acumulados por milenios y se quebraron las etnias aborígenes, quedando sólo relictos paisajísticos que perduran en su desolación.

La velocidad del deterioro ambiental y demográfico conduce a la contracción irreversible de los parajes, siendo a los pocos siglos una pálida imagen de la realidad exuberante primigenia de su biodiversidad natural y calidad de vida humana. Siguiendo con el ejemplo de Paria, ello se desprende al comparar la visión ambiental de Colón y de sus compañeros de los paisajes de Macuro en agosto de 1498, con la descripción en abril de 1773 de fray Iñigo Abbad: "Sin embargo de las excelentes tierras de toda esta costa está enteramente inculta y quasi despoblada. Los pocos pueblos que hay y sus habitantes carecen de toda utilidad y cultura: la caza y pesca a que se dedican con algún aguardiente é instrumentos de yerro que les regalan los extrangeros por la franqueza con que les permiten cortar madera en los bosques, y hacer extracciones de los frutos y ganados de la Provincia por sus Puertos, son toda su riqueza y ocupación".¹³

11 Juan Martínez Alier en la sección de *Commentaires*, p. 170, de la obra dirigida por Serge Gruzinski y Nathan Wachtel, *Le Nouveau Monde Mondes Nouveaux. L'expérience américaine*. Editions Recherche sur les Civilizations. Paris. 1996.

12 Alejandro de Humboldt, *Cristóbal Colón...*, op. cit., p. 269.

13 Fray Iñigo Abbad, *Viaje a la América*. Presentación de Carlos Arcaya. Edición del Banco Nacional de Ahorro y Préstamo. Armitano. Caracas. 1974. Cita en la descripción del pueblo de San Carlos de Amacuro, s.f.

Procesos de similar aceleración en la contracción paisajística-ambiental se suceden en cientos de lugares repartidos en toda Venezuela, tanto en el período colonial como durante el siglo XIX. A este respecto, jóvenes investigadores tienen un excelente punto de partida en la relectura crítica de las fuentes para la historia colonial y republicana, editadas por esta Academia Nacional de la Historia.

La imbricación de los cambios climáticos en la geohistoria ambiental.

En diversos ensayos, editados hace más de una década, he insistido en la importancia de plantear con objetividad la importancia de los ritmos climáticos en los hechos de la geohistoria ambiental venezolana.¹⁴ Ello ha sido planteado globalmente por otros autores en referencia a cambios climáticos en las Antillas, en especial en la prehistoria.¹⁵ En épocas históricas se ha precisado, en latitudes medias, con las contribuciones de María del Rosario Prieto y colaboradores, quienes han logrado reconstruir mediante fuentes históricas, en el gran espacio del Noroeste argentino, el escenario climático donde los conquistadores españoles desarrollaron sus actividades en los primeros siglos de presencia europea, inscribiéndolo en el episodio climático del período seco de 1580 a 1641, posible repercusión del pulso de la Pequeña Edad Glaciar y, más tarde entre 1663-1710, en situaciones climáticas asociadas con momentos de agudización del fenómeno El Niño-Oscilación Sur.¹⁶

En general, en Venezuela se han desdeñado las variaciones del clima en la explicación del cambio geohistórico ambiental. Ello ha estrechado esta visión, lo que resulta muy restringido, porque la acción antrópica en las contrastadas regiones del país ha variado fuertemente debido, entre otras causas, a los cambios de los ritmos climáticos, extensión de las temporadas de lluvias y sequías, incidencia de inundaciones y cambios torrenciales en caudales de ríos y quebradas. Esta degradación climática ha incidido en francos descensos de la calidad de vida en la Venezuela colonial y republicana en sectores importantes de

14 Pedro Cunill, **Geohistoria ambiental y expoliación de recursos naturales en la Venezuela prepetrolera**. Artículo en **Tierra Firme**. Revista de historia y ciencias sociales. N° 24, octubre-diciembre 1988, pp. 336-337.

15 Watts, op. cit., pp. 35, 82-83.

16 María del Rosario Prieto, R. Herrera y P. Dussel, **Las condiciones climáticas durante la conquista y colonización del noroeste argentino (1780-1710)**. Ensayo en **Actas del 1er. Congreso de Investigación Social. Región y Sociedad en Latinoamérica. Su problemática en el noroeste argentino**. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán. 1996, p.233.

población campesina, cazadora, recolectora, minera y urbana, desencadenando procesos de marginalización geográfica y subintegración socioeconómica a los paisajes productivos, lo que a su vez ha hecho iniciar nuevos ciclos de deterioro ambiental y cambios en el uso del suelo.

Ello es inexcusable puesto que existe una gran documentación histórica, depositada en el Archivo General de la Nación, Actas de los cabildos de Caracas y otras ciudades, cronistas, Academia Nacional de la Historia, Archivo General de Indias en Sevilla y en otras fuentes, particularmente eclesiásticas, que posibilitarían iniciar la reconstrucción de la historia climática del país a escala regional. A este respecto, celebremos contribuciones preliminares como la de Arístides Medina Rubio en el período de 1574 a 1799 que estudia plagas elementales y otras calamidades asociadas a eventos climáticos en la región del eje San Felipe-Barquisimeto, insinuando una relativa estabilidad climática regional.¹⁷

Con el aumento de la presión demográfica en el siglo XIX y temprano siglo XX se desencadenan cambios microclimáticos y ambientales de significación, en especial en zonas que se abren a la roturación en la conformación de frentes pioneros. Por ejemplo, en el valle del río Turbio se fueron agudizando en el siglo pasado los problemas geosociales de la tenencia del agua de regadío, por la intensificación de la baja de caudal en la temporada seca debido al desbocamiento de las vegas por la mayor presión de una creciente población rural y urbana, junto a la extensión de nuevas acequias necesarias para extender los cultivos de caña de azúcar y otros sembrados, además de las consecuencias climáticas por masivas talas en las cabeceras de los ríos. Así, en 1836 se tienen que dictar medidas para regularizar el uso de estos recursos hídricos; ellas no tienen gran incidencia, por lo que fueron cambiadas en 1842. Tampoco tuvieron buen resultado al ser aprovechadas por un pequeño grupo de latifundistas y jueces de agua. Ello ocasionó graves tensiones geosociales que se agravaron en los años secos, como los registrados en 1850 y 1851. Situaciones similares se registraron en años posteriores en las cabeceras del río Morere y comarcas irrigadas por el río Curarigua.¹⁸

Los especialistas en ciencias sociales deberían tomar mayor atención ante las incidencias en el poblamiento humano de las catástrofes climáticas que se

17 Arístides Medina Rubio, **Plagas elementales y otras calamidades en San Felipe y Barquisimeto (1500-1799)**. Artículo en *Tierra Firme. Revista de Historia y Ciencias Sociales*. N° 33, enero-marzo 1991.

18 Pedro Cunill Grau, **Geografía del Poblamiento Venezolano en el siglo XIX**. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1987, tomo II, caso en el Turbio, pp. 1371 y 1372; en el Morere, p. 1389 y en el Curarigua, p. 1391.

desencadenaron en estos cinco siglos en forma intermitente y aparentemente azarosa, tanto por sequías, inundaciones, lluvias torrenciales y otros fenómenos. Al no estudiar ni difundir la fragilidad ambiental de numerosos medios geográficos, historiadores y geógrafos hemos contribuido en forma inconsciente en la época contemporánea a formar erradas imágenes mentales, en las que peligrosos medios naturales son tomados por parajes geográficos seguros.

La carencia de un adecuado aprendizaje geohistórico ambiental climático ha contribuido a influir en la conducta social de coexistir con el peligro. Así, entre otros casos, en la geohistoria ambiental de las subregiones marabinas tiene singular importancia establecer las consecuencias en el poblamiento del sur occidente de los peligros climáticos, en particular de años de gran pluviosidad. Aquí el régimen de la red hidrográfica y la configuración topográfica hacen que anualmente se sucedan inundaciones catastróficas que perjudican a los centros poblados y propiedades agrarias emplazadas en las riberas de los ríos Catatumbo-Zulia y Escalante. Lugares como Encontrados y San Carlos del Zulia fueron en el siglo XIX muy peligrosos, al emplazarse en sitios propensos a inundaciones. Incluso se tuvo que trasladar temporalmente la población de la villa de San Carlos del Zulia en 1843. Al año siguiente se constató otra gran inundación en las riberas del Escalante, enfatizándose en el esfuerzo de los pobladores en la reconstrucción de sus asentamientos. Un análisis minucioso podría señalar los sitios propensos a peligros en relación a ciclos climáticos desde el siglo XVIII.

Entre otros muchos casos de graves incidencias en el poblamiento histórico y en la destrucción ambiental por cambios climáticos, escogeremos uno documentado en fuentes locales: las consecuencias catastróficas de las lluvias torrenciales en los paisajes humanizados de las montañas, cuencas intermontanas y litoral inmediato de la Cordillera de la Costa en su tramo central. Aquí varias catástrofes registradas en el siglo XIX y primeros decenios del siglo XX demuestran la combinación desfavorable de condiciones orográficas, climáticas, hidrológicas, geológicas y de transformación del paisaje por la presión humana. Eduardo Röhl señaló en 1950 que el 14 de enero de 1914 cayeron 1.200 mm. de lluvia en 5 ó 6 horas en la Hacienda Puerto La Cruz, ubicada a 45 km. al noroeste de Caracas. Este señalamiento fue reiterado por el geógrafo Antonio Luís Cárdenas en 1966, advirtiendo de las consecuencias catastróficas de estos diluvios.¹⁹ Nadie lo advirtió y la población local tuvo que sufrir las catás-

19 La contribución de Eduardo Röhl, *Los diluvios en las montañas de la Cordillera de la Costa*, en el N° 38, 1950, del Boletín de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales. Citado por Antonio Luis Cárdenas, *Geografía Física de Venezuela*. Tercera edición 1966. Ariel Seix Barral. Barcelona, p. 162.

trofes de 1987 en río Limón y Maracay, en 1988 en Chichiriviche, y ulteriormente en Maiquetía. La geohistoria ambiental nos demuestra que ello continuará sucediéndose, en lapsos cada vez más continuos, en numerosos sitios urbanos y rurales de las regiones Central y Capital, porque ello es inevitable en estas planicies inundables de ríos, sujetas a su específico ritmo climático.

La irrupción en la tropicalidad venezolana de la biodiversidad europea

Se espera que los investigadores desarrollen en regiones claves la problemática de la irrupción en los ambientes tropicales venezolanos de la biodiversidad europea, en particular la de origen mediterráneo, puesto que ello se expresó en la conformación de nuevos paisajes que perduran hasta el presente. Sería deseable el desenvolvimiento de algunos ensayos multidisciplinarios, integrados con estudios de arqueología histórica, que revelaran las vicisitudes en los modos de vida de los primeros conquistadores españoles en las tierras bajas tropicales húmedas del litoral, sistema deltano orinoquense e interior del país, donde tuvieron que adaptarse después de repetidos fracasos en la introducción de su biodiversidad mediterránea, a comer sin pan, aceite, carne ovina y vino. Ni el trigo, ni la vid, ni los olivos podían desarrollarse en las condiciones ambientales del trópico hiperhúmedo. Ello sería la causa del pronto abandono de parte significativa de amplios espacios hiperhúmedos y sumamente cálidos que se despliegan en parte del territorio que hoy corresponde a Venezuela.

En cambio, la presencia hispánica y de sus descendientes criollos prendió desde el primer momento en litorales secos y en tierras altas, donde se evidenciaba una cierta similitud climática y ambiental con algunas de las condiciones ambientales peninsulares, que posibilitaba la aclimatación de cultivos de trigo, frutas y verduras mediterráneas, junto con la extensión del ganado porcino, ovino, caprino y vacuno. Allí conformaron paisajes neomediterráneos en pleno trópico. Rústicas plantas y animales de origen mediterráneo prendieron con gran éxito en los parajes más abiertos, secos y temperados de los Andes, Cordillera de la Costa, depresiones de Barquisimeto, Carora, Quíbor, El Tocuyo, inmediaciones de la ciudad de Maracaibo y en otros sitios. Insinúo que se desarrollen en algunas microrregiones insertas en los conjuntos territoriales mencionados investigaciones del tipo que se han realizado en Atlixco y en otros espacios mexicanos, donde se han logrado avances interpretativos en una óptica histórico ambiental.²⁰

20 Juan Carlos Garavaglia, *Atlixco: l' eau, les hommes et la terre dans une vallée mexicaine (15e - 17e siècles)*. En *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. N° 6., novembre-décembre 1995, pp. 1309-1349.

Futuros ensayos en la geohistoria ambiental venezolana nos revelarán con toda precisión cartográfica el avance realizado por mujeres y hombres pioneros de importantes conjuntos de la biodiversidad mediterránea, logrando imponerse cientos de ellos a incompatibilidades climáticas y biológicas. Ello se explica en gran parte porque las plantas y los animales introducidos en América por los primeros pioneros españoles y canarios, tenían rasgos dominantes de rusticidad que les permitieron sobrevivir en las pésimas condiciones de traslado que experimentaban en la rigurosa travesía trasatlántica.²¹ Tampoco se deberá desdeñar la importancia de los ininterrumpidos envíos, registrados y clandestinos, de éstas y otras especies de flora y fauna durante más de cinco siglos, lo que junto a reenvíos desde otros países iberoamericanos, ha permitido perfeccionamientos singulares en los procesos de aclimatación en el trópico venezolano. La mayor parte de estos animales y plantas fueron objeto de una mudanza voluntaria y cuidadosa. Otras especies alógenas, como microorganismos patógenos, roedores y malas hierbas, llegaron a Venezuela como resultado de dispersiones accidentales, clandestinamente, junto a tráficos y actividades humanas.

El admirable trasiego de especies de origen mediterráneo fuera de su hábitat original con mantención de componentes reproducibles en tierras venezolanas, se hizo a costa de una importante contracción en estos medios tropicales de múltiples plantas y animales autóctonos, siendo desplazados de su propio hábitat. Ello merece investigaciones específicas, como las realizadas en otras latitudes por Elinor Melville sobre el Mezquital, quien nos expone un ejemplo casi límite de un ecosistema que ha llegado a un punto de ruptura de su situación homeostática, con empobrecimiento del ecosistema y de la sociedad.²²

En Venezuela en los procesos de contracción de la biodiversidad autóctona también hay que dar una mención muy especial a la introducción de ungulados de origen mediterráneo. En futuras investigaciones habrá que analizar la relación entre el desenvolvimiento de modos de vida y recursos de flora autóctona, sustentabilidad edafológica y capacidad de mantenimiento de ungulados en áreas determinadas, lo que nos explicaría casos relevantes en que esta irrupción de nuevas especies destruye y/o construye un ecosistema peculiar y desencadena éxitos y/o decadencias socioeconómicas relevantes.

21 Fernando Tudela (comp.), *Desarrollo y medio ambiente en América Latina y el Caribe. Una visión evolutiva*. Agencia Española de Cooperación Intelectual; Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo de España, Madrid, 1990, p. 67.

22 Elinor G.K. Melville, *Conquest Landscapes: ecological consequences of Pastoralism in the New World*, en *Le Nouveau Monde Mondes Nouveaux*, op. cit., pp. 100 a 113.

Arbustos, retoños de plantas y pastos nativos de las zonas más áridas desaparecieron por la voracidad de ovejas, cabras y burros cuyas pezuñas desencadenaron los primeros procesos de erosión en suelos frágiles en laderas y tierras altas. En los paisajes naturales de sabanas se establecieron a partir del siglo XVI manadas de ganado vacuno, caballar y mular, muy asilvestradas. Los primeros rebaños se multiplicaron con gran rapidez aprovechando los pastos naturales de las sabanas, raleándose las especies de mayor palatibilidad por el sobrepastoreo, aumentando los pastos más duros y especies más espinosas. Coadyuvó a este proceso de deterioro ambiental la introducción de la quema anual de los pastos silvestres, para renovar la hierba natural que era consumida por el ganado, costumbre que ha persistido hasta el presente con graves daños ecológicos.²³

Otro gran costo ambiental, por la contracción de la flora autóctona, tuvo el aumento colonial de las plantaciones comerciales. En los parajes de los valles de Aragua y del Tuy, lo mismo que en paisajes barquisimetanos y andinos, se contrajo la vegetación natural en los siglos XVI y XVII por el rápido aumento de los cultivos trigueros. La vegetación autóctona en los entornos caraqueños de Baruta, Petare, Fila de Mariches, virtualmente desapareció por el auge triguero entre las décadas de 1580 a 1630. El investigador estadounidense Robert J. Ferry ha analizado los efectos del boom triguero caraqueño y de su decadencia para dar paso desde las décadas de 1630-40 al del cacao.²⁴

La ponderación de las tempranas pérdidas de sustentabilidad ambiental.

Desde el siglo XVI al temprano siglo XX se evidencian en múltiples sitios repartidos en la geografía nacional tempranas pérdidas de sustentabilidad ambiental por las modalidades de abusiva explotación de la biodiversidad y de escogidos recursos naturales. Ello ha sido expuesto con exacta minuciosidad por Enrique Otte, al describir el temprano quiebre de la sustentabilidad para el hábitat urbano de Nueva Cádiz en la isla de Cubagua por la extracción desenfrenada de las perlas, que ocasionó en poco más de veinte años, entre 1517 y 1539, el exterminio de la ostra perlífera, *Pteria (Pinctada) margaritifera*.²⁵ En

23 Francisco Tamayo, *Los Llanos de Venezuela*. Instituto Pedagógico. Caracas, 1961, p. 66.

24 El tema fue desarrollado magistralmente por Eduardo Arcila Farias en el artículo intitulado **Trigo y harina** en la primera edición del Diccionario de Historia de Venezuela de la Fundación Polar (1989), como hizo mención en una crónica póstuma del académico Manuel Pérez Vila, editada en "El Nacional", el 16 de mayo de 1991, donde también dio noticia de la obra de Robert J. Ferry, "The Colonial Elite of Early Caracas. Formation and Crisis. 1567-1767.

25 Enrique Otte, *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*. Fundación John Boulton. Caracas. 1977.

cambio, no se ha estudiado debidamente la extensión de la destrucción ambiental y quiebres demográficos desencadenados por el esquilamiento colonial de concentraciones de palo brasil, zarzaparrilla, diversos tipos de bálsamos y resinas, y otros productos, muy demandados en Europa.

En obras anteriores ya citadas he demostrado la importancia de las entradas decimonónicas de poblamientos intermitentes y en ocasionales en espacios selváticos y sabaneros, que se acompañan con la destrucción masiva de concentraciones explotables de sarrapia (*Coumarouma odorata*), balatá (*Mimusops globosa*), purguo (*Mimusops balatá*), simaruba (*Simaruba amara*), jacia (*Hevea benthamiana*), caucho (*Hevea minor*). Ello ocasionó empobrecimientos irreversibles aún en los sitios más recónditos de la Venezuela profunda, ante la total impasibilidad de las autoridades regionales y nacionales. A este respecto, hay que rendir homenaje a los pioneros tachirenses que en múltiples cartas al Presidente Guzmán Blanco expresaban su preocupación ante las negativas consecuencias en la economía local por los daños ocasionados en los paisajes silvestres por la explotación clandestina de quina silvestre en Quinimarí por hombres armados provenientes de Colombia. Sin embargo, sus acciones no lograron impedir la depredación de este recurso vegetal, que tenía un alto precio por el valor de su corteza para el tratamiento del paludismo.²⁶

El tema de la pérdida de la sustentabilidad de la fauna venezolana es igualmente crucial y se remonta a intensos procesos históricos, como se ha demostrado globalmente en los casos del venado, de la tortuga arrau y de las garzas. En el caso del venado caramerudo (*Odocoileus virginianus*) y otras especies, se puede conjeturar su grado de destrucción, al registrarse que entre 1856 y 1874 se exportaron de Ciudad Bolívar 1.185.669 cueros de venado, a los que habría que agregar los destinados a consumo local y los dañados. Estas razias deberían ser estudiadas en detalle, lo que posibilitaría útiles establecimientos de repoblación de fauna silvestre.

A ello se agrega la sistemática expoliación de morrocoyes, galápagos y otras tortugas fluviales. La modalidad de captura por encerrona fluvial del galápagos llanero (*Podocnemis vogli*), desde los tiempos coloniales al presente, ha raleado esta especie al límite de su sustentabilidad, lo mismo que la cacería de los diversos tipos de morrocoy con el apoyo de incendios, como se observa en el raleamiento del morrocoy montaño (*Geocheloniocarbonaria*) y del morrocoy sabanero (*geochelone carbonaria*). Acertadas investigaciones geohistóricas ambientales acerca de la explotación de estos reptiles contribuirían a su con-

26 Pedro Cunill Grau, *Guzmán Blanco y el Táchira*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas. 1993, pp.29 a 31.

servación. Revelador fue el caso del exterminio de la tortuga arrau (*Podocnemis expansa*) en el Cantón Alto Orinoco a partir de los pueblos de Caicara y Urbana, habiéndose comprobado por la investigadora Zoraida Castro su disminución sensible a partir de mediados del siglo XIX, acelerándose en las décadas de 1880 y 1890.²⁷

A pesar de diversas trabas institucionales algunos investigadores continúan adentrándose en estos temas geohistóricos ambientales no convencionales. A este respecto es de valor la reciente edición de la obra de Alfonso J. Zerpa Mirabal intitulada "Explotación y comercio de plumas de garza en Venezuela", que proporciona datos de indudable interés para seguir el proceso de aprovechamiento y casi aniquilamiento de los garceros de la garza real (*Egretta alba*) y de la garza chusmita (*Egretta thula*). En función de los volúmenes exportados de plumas de garza, estima que entre 1890 y 1913 se mataron 8.349.340 garzas blancas y 1.464.796 garzas chusmitas.²⁸ Las ulteriores leyes conservacionistas serían paliativos para exterminios masivos.

A modo de colofón.

Sólo he presentado un panorama global del quehacer geohistórico de algunos grupos sociales ante las cambiantes situaciones ambientales que se suceden hasta el temprano siglo XX. En una futura ocasión desarrollaremos situaciones totalmente diferentes, a escala territorial e intensidad del cambio ecológico, en la Venezuela petrolera. Estas breves consideraciones nos han demostrado la factibilidad de iniciar en esta Academia Nacional de la Historia investigaciones no convencionales en diversos ámbitos que encajan en la nueva geohistoria ambiental. A su vez, desde ópticas innovadoras jóvenes estudiosos están aportando luces sobre las incidencias del ambiente en la salud de los venezolanos.²⁹ Espero que a ellos se agreguen pronto otros especialistas que aborden en diversos centros universitarios y fundaciones varios temas con enfoques distintos, como la etno-ecología a nivel regional; la incidencia geohistórica en la degradación ambiental; las zonas de pobreza crítica y las

27 Zoraida Castro de León, *Geografía histórica de la tortuga del Orinoco*. Tesis de Licenciatura. Escuela de Historia, UCV, 1986, pp. 167-168.

28 Alfonso J. Zerpa Mirabal, *Explotación y comercio de plumas de garza en Venezuela (Fines del siglo XIX - Principios del siglo XX)*. Ediciones del Congreso de la República. Caracas, 1998, pp. 121-122.

29 Germán Yépez Colmenares (Coordinador), *Historia de la salud en Venezuela*. Fondo Editorial Tropykos. Caracas. 1998.

modificaciones geohistóricas ambientales; la fragilidad ecológica y los desencadenamientos de la geografía del azar.

Todas ellas serán contribuciones venezolanas muy importantes, no sólo a la geografía, a la historia y a la ecología, sino también a todas las ciencias sociales y humanas. Ellas ayudarán a recuperar el sustrato territorial y ambiental de la identidad nacional. Lo ineluctable del deterioro ambiental venezolano alcanza a espacios relativamente controlables, siendo aún posible la conservación y la reconstrucción de parte significativa de ambientes y biodiversidad.

Tengo la esperanza de que este acto estimule en este sentido nuevas sendas e interpretaciones en el ámbito de la geohistoria ambiental, lo que a la larga incidirá en el mejoramiento de la calidad de vida de nuestros descendientes. Muchas gracias.